

AGENDA CIUDADANA

¿UN QUIJOTE EN LOS PINOS?

Lorenzo Meyer

Todo Cambia y Nada Cambia.- Fue una sola idea la que hizo famoso a Alphonse Karr hace casi siglo y medio, y la sintetizó así: *plus ca change, plus c'est la meme chose* ("entre más cambian las cosas, más permanecen iguales"). Esa coexistencia de cambio con permanencia es particularmente evidente cuando nos aproximamos a ciertos aspectos de la realidad mexicana; en efecto, aquí son muchas las instituciones o situaciones donde el cambio pareciera haber triunfado pero, al mirar el fondo, resulta que la esencia aún sigue ahí. Y lo anterior no sólo es cierto por lo que a México mismo se refiere, sino también para los que observan desde fuera como, por ejemplo, la prensa internacional. Recordemos que para un buen número de esos observadores, el presidente de ayer era estupendo, pero las cosas cambiaron y hoy le critican y mucho; sin embargo, al presidente de hoy lo ven tan bien como antes vieron al de ayer, y por razones muy similares. Así pues, en este campo todo cambia... y nada cambia.

Tomemos como muestra del enfoque de los medios masivos de información de Estados Unidos sobre los cambios que están teniendo lugar hoy en México a *The New York Times*, un periódico liberal y representativo de la buena prensa internacional. En un pequeño artículo publicado el 17 de diciembre pasado por ese diario en la sección *Week in Review*, Thomas L. Friedman, tras una visita a nuestro país, concluye, optimista y seguro, que en México se esta viviendo un proceso de cambio político que es: "la versión mexicana de la caída del muro de Berlín, sólo que en

movimiento lento". Para él, el difícil tiempo mexicano de hoy, es también el de una magnífica "revolución silenciosa".

Desde Fuera, la Democracia Mexicana es un Hecho.- De acuerdo con Friedman, y pese a que muchos mexicanos aún no nos hemos dado cuenta, nuestro país ya está encarrilado en la democracia, la transición ya ocurrió. La fuerza motriz del supuesto cambio histórico, no es tanto la presión de la sociedad mexicana ante el fracaso del régimen, sino justamente la institución que por decenios ha sido el gran baluarte del autoritarismo: la presidencia, o más exactamente, el presidente Ernesto Zedillo. Desde esta perspectiva, Zedillo es, ni más ni menos, que un "don Quijote con doctorado de Yale en economía". Este supuesto Quijote mexicano, como una reacción natural a la "sórdida saga de los Salinas" --que ahora es vista como expresión de un *ancien régime* donde los gobernantes hacían lo que se les antojaba-- está decidido a hacer avanzar a México hacia la democracia y al imperio de la ley.

En su primer año de gobierno --y siempre según el optimista periodista norteamericano-- Ernesto Zedillo ha reformado el sistema judicial y reestructurado el sistema de seguridad social, ha otorgado al Congreso un poder de decisión real y ha transformado, aún a costa de su propio partido, al viejo y corrupto sistema electoral y lo ha vuelto moderno y legítimo. Por si lo anterior fuera poco, resulta que mientras instituía todos esos cambios, el presidente también reformó drásticamente el sistema económico. Esto último lo hizo con un alto costo para el nivel de vida de los mexicanos, pero gracias a ello, la economía

repuntará en 1996 dentro del marco neoliberal y generará el apoyo necesario para concluir satisfactoriamente la destrucción del viejo "muro de Berlín" mexicano.

Anthony de Palma, el corresponsal permanente de *The New York Times* en México, y quien a vivido ya un tiempo entre nosotros, es más cauto en su análisis. Sin embargo, tampoco él deja de ver en Ernesto Zedillo al hombre de la hora. En su artículo del 28 de diciembre, de Palma considera que la experiencia juvenil de Zedillo en Mexicali y su estancia posterior en Yale, le han permitido tener una clara visión de la naturaleza de la democracia norteamericana, misma que ahora le está sirviendo para dirigir los destinos de México. Según de Palma, a pesar de la tradición autoritaria mexicana y las presiones en contra, Zedillo está empeñado en dismantelar la "presidencia imperial", a compartir el poder con el Congreso y con los gobiernos de los estados, a dejar de lado el estilo de "hombre fuerte" que ha caracterizado a los líderes mexicanos desde Moctezuma hasta Salinas. Para el corresponsal, el indicador del cambio es que el nuevo jefe del Ejecutivo mexicano ha logrado llevar a cabo lo que Salinas no pudo: elecciones estatales sin conflicto, como en Michoacán.

Zedillo si, Salinas ya no.- Varios puntos resaltan en los análisis de *The New York Times*. En primer lugar, el giro de 180° en relación a Carlos Salinas. El artículo de Friedman se inicia con una buena síntesis de la "saga sórdida" de la familia Salinas: una historia de poder y corrupción que, se afirma, es representativa del pasado autoritario. Se trata de una visión tan

negativa, que bien podría ser el punto de partida para un libro y su correspondiente serie de televisión, tal y como ocurrió con el caso del agente de la DEA, Enrique Camarena Salazar, asesinado por narcotraficantes en complicidad con policías en Guadalajara. Sin embargo, hasta hace muy poco la prensa norteamericana en su conjunto había seguido un camino muy distinto: el de minimizar los problemas, corrupción y contradicciones del *modus operandi* de Carlos Salinas y ensalzar sin pudor ni límite al salinismo y a su proyecto político, al que se consideró como perfectamente compatible con el interés norteamericano en esta parte del mundo. Conviene tomar nota que ese apoyo entusiasta y acrítico de la prensa estadounidense a Salinas entre 1988 y 1993 --cuando parecía que el personaje con raíces en Agualeguas iba a tener éxito-- se hizo en términos más o menos similares a los que hoy se emplean con Zedillo.

Por seis años, Carlos Salinas fue, para la mayoría de los medios masivos de difusión de Estados Unidos y Europa, el joven doctor de Harvard que había llegado a la presidencia de un país anacrónico tras absorber la esencia de los valores democráticos norteamericanos y no, como hoy se afirma, parte del *ancien régime*. Se trataba de un político visionario dispuesto a salvar a México a pesar de sí mismo --salvarlo de una mayoría sin imaginación y de una minoría de dinosaurios del partido de Estado-- encabezando una revolución modernizadora, de libre mercado, que insertaría a México en la globalidad y que acabaría, por fin, con el legado populista, estatista y corruptor de esa otra revolución, la de 1910.

Al final propios y extraños tuvieron que admitir que Salinas falló, aunque según algún mexicanólogo norteamericano, lo que falló no fue el hombre sino las circunstancias y quienes le rodeaban (esa es, por lo menos, la tesis de John Womack, profesor de Harvard). Es por ello que hoy, cuando otro joven tecnócrata educado en Estados Unidos y comprometido a fondo con el modelo neoliberal gobierna a México, la esperanza se renueva, al menos al norte del Bravo.

La Voluntad de Tomar al Discurso por la Realidad.- El segundo punto que vale la pena resaltar del análisis aparecido en la prensa del país vecino del norte es que hoy, igual que ayer, parece existir la voluntad de tomar como hechos lo que en gran medida es sólo discurso, proyecto. Con Salinas, se vio en su alianza con el PAN la materialización de la democracia política, y en el Programa Nacional de Solidaridad la gran respuesta a la falla fundamental del neoliberalismo: la marginalidad y la injusticia social. Ninguna de las dos cosas resultó ser lo que se dijo que sería. Hoy, se insiste en ver en los cambios formales en el aparato de justicia y en el Seguro Social, así como en el discurso sobre el nuevo federalismo, en la supuesta "sana distancia" entre el presidente y su partido y en el resultado de las últimas elecciones, otras tantas pruebas del rompimiento histórico efectivo del zedillismo y del país con sus orígenes.

Para que las reformas sean reales y positivas, tienen que sentirse en la vida cotidiana. Es verdad que cada vez las elecciones son menos conflictivas y más auténticas, pero eso, que sin duda es un avance sustantivo, se debe menos a Ernesto Zedillo

y más, mucho más, a la presión que ha ejercido la oposición y la sociedad sobre el régimen desde mediados de los ochenta. Las elecciones de Michoacán, a donde el PRD llegó quebrado y ya no era lo que había sido, no son, ni con mucho, el caso que pruebe que de aquí en adelante tendremos elecciones justas y creíbles. Las tramposas elecciones de consejeros ciudadanos en el Distrito Federal --donde se prohibió a los partidos participar como tales para evitar el encuentro directo del PRI con las urnas y se tuvo una abstención del 80%-- pudieron ser citadas por el *New York Times*, pero se prefirió no hacerlo, como tampoco se dijo nada del nulo progreso ante los tribunales de la demanda de quienes, con miles de documentos en la mano, demostraron la ilegalidad del proceso electoral de Tabasco en 1994, que en realidad fue parte de la elección presidencial de entonces.

En relación al sistema de justicia, y pese a las publicitadas reformas, éste sigue siendo tan injusto e ineficiente como siempre. Hoy más que ayer, el mexicano tiene que cuidarse solo e incluso hacerse justicia por propia mano, pues el aparato del Estado sigue fallando terriblemente en este campo. Las muertes de los 17 campesinos asesinados por la policía en Aguas Blancas, Guerrero, continúan sin encontrar justicia: sólo han rodado las cabezas de los instrumentos, pero no las de los autores intelectuales. La reforma del Seguro Social se hizo por la vía antigua, obligando a los congresistas a seguir la línea dictada por el presidente, y tales reformas aún tienen que pasar la prueba de la realidad.

Zedillo, en efecto, ya no es el "hombre fuerte" que antaño eran los presidentes, pero eso se debe más al cambio del entorno político en que llegó a la presidencia que a una decisión personal del actual presidente.

Las Razones.- ¿Por qué ese empeño de una prensa seria, independiente y de gran prestigio, por volver a recorrer el camino que sin mucha fortuna siguió en el sexenio pasado?. El apoyo de manera tan exagerada e incondicional a Zedillo --el destructor del "muro de Berlín" mexicano, el don Quijote con un grado académico, el que ha roto la tradición centenaria del caudillismo, etcétera-- lo que refleja es algo muy simple pero contundente: la carencia de alternativas. Ernesto Zedillo tiene que ser apoyado y reforzado a como de lugar, incluso haciendo de sus debilidades --la pérdida de liderazgo de la presidencia-- virtudes, porque cualquier otra cosa va en contra del interés en México de la comunidad internacional en general y de Estados Unidos en particular.

La reacción natural de aquellos que en Estados Unidos de una manera u otra participan en la elaboración de la política hacia México, es apoyar hasta el final a quien esté al mando del gobierno mexicano, a don Porfirio o a Calles, a Lázaro Cárdenas o a Alemán, a Salinas o a Zedillo. Eso es lo lógico, lo racional y se puede entender; entender, pero no tomar en serio.